Redefiniendo el paradigma de la seguridad y el terrorismo internacional: de la asimetría a la transnacionalidad

JERÓNIMO RÍOS SIERRA

ROBERTO BROCATÉ PIRÓN

Introducción

Durante décadas la teoría realista, en la que el Estado significaba el paradigma nuclear de las relaciones internacionales, se ha visto abocada a una profunda transformación en los últimos años. Por ejemplo, el posconductismo ha dado paso a un sistema internacional en el que la comunicación humana ha fracturado los paradigmas westfalianos. Así mismo, la globalización ha fracturado las fronteras del Estado-nación y ha desarrollado un sistema político y sociológico en el cual los conceptos de territorio, soberanía nacional y legitimidad se han alterado de forma trascendental (Sassen, 2001).

Basado en el marco de la teoría de la estructuración, este nuevo espacio físico y tecnológico redefine *per se* los mecanismos sociales y comunicativos, de igual forma, transforma los paradigmas tiempo-espacio (Giddens, 2001). Estas alteraciones han provocado que la acción individual y colectiva generen una nueva estructura social en la cuales los seres humanos se constituyen como los principales agentes sociales, políticos y económicos.

El propio Giddens considera que los seres humanos actúan basados en principios y teorías psicológicas en continua evolución y

transformación. Es decir, la actividad social cotidiana viene establecida por la creación de identidades propias y estructuras sociales marcadamente individuales y la vida social se ha resituado entre principios estructurales globales y principios sociorreligiosos autónomos (Maalouf, 2009).

El espacio físico se ha visto desmembrado debido al nacimiento de diversas formas y sistemas de información y comunicación que permiten operar en cualquier parte del mundo. Principios, como los de la ubicuidad, heterogeneidad, exuberancia de información, interconectividad o interdependencia que planteaba Lippman (1922) han mutado hacia lo que Castells (1996) denomina como la sociedad de la información y el conocimiento.

Este cambio no ha resultado baladí en el terreno de las Relaciones Internacionales y de la Ciencia Política, ya que los nuevos riesgos y las amenazas surgen en la sociedad de las nuevas tecnologías. De hecho, no resulta extraño que internet, surgido como un sistema de guerra, haya transmutado en el medio ideal para la captación de nuevos integrantes de grupos terroristas transnacionales.

Si bien el ciberterrorismo supone una de las amenazas más difíciles de detectar en la seguridad internacional, sin duda, este capítulo tiene como objetivo principal reflexionar sobre cómo las nuevas amenazas, en forma de grupos terroristas transnacionales, han explotado el uso de las nuevas tecnologías para adoctrinar, legitimarse y captar nuevas células terroristas a través de la red. Este cambio en el sistema de la seguridad internacional supone un reto al cual los Estados y los organismos internacionales, surgidos en la Guerra Fría, deben hacer frente, transformando sus estrategias. El sociólogo Manuel Castells (1995) explica cómo esa nueva realidad social ha permitido el desarrollo de nuevas formas de comunicación y cómo esas transformaciones han generado un nuevo marco estructural comunicativo:

La difusión y desarrollo de ese sistema tecnológico ha cambiado la base material de nuestras vidas, por tanto, la vida misma, en todos sus aspectos: en cómo producimos, cómo y en qué trabajamos, cómo y qué consumimos, cómo nos educamos, cómo nos informamos-entretenemos, cómo vendemos, cómo nos arruinamos, cómo

governamos, cómo hacemos la guerra y la paz, cómo nacemos y cómo morimos, y quién manda, quién se enriquece, quién explota, quién sufre y quién se margina. Las nuevas tecnologías de información no determinan lo que pasa en la sociedad, pero cambian tan profundamente las reglas del juego que debemos aprender de nuevo, colectivamente, cuál es nuestra nueva realidad, o sufriremos, individualmente, el control de los pocos (países o personas) que conozcan los códigos de acceso a las fuentes de saber y poder. (*El País*, 1995)

En términos sociológicos y comunicativos, este es sistema posestructuralista, en el que se debe reposicionar al sistema internacional y a las Relaciones Internacionales. El concepto westfaliano de seguridad internacional, y especialmente el nacido de la Guerra Fría, parece haberse difuminado por completo. Gran parte de las estructuras de seguridad de la comunidad internacional se han visto superadas por los nuevos riesgos y las amenazas que han surgido precisamente en esa nueva estructura político-social de la globalización.

La noción tradicional de conflicto se ha transformado en la última década, esencialmente, tras los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Ese acontecimiento supuso la reconfiguración del sistema internacional posguerra fría y la constatación de la superación del sistema establecido en la Paz de Westfalia (1648). Es decir, el Estado-nación ha visto fracturada su trascendencia en el sistema internacional, y como consecuencia de ello, han surgido conflicto intraestatales en los cuales grupos terroristas, paramilitares y guerrilleros han traspasado los límites de los conflictos tradicionales entre Estados-nación.

Lo que en principio eran conflictos intraestatales, configurados por grupos paramilitares y guerrilleros, se ha desvirtuado y se ha reestructurado en amenazas terroristas transnacionales y globales. Las estructuras sociales y comunicativas anteriormente referidas han acelerado dicho proceso sociológico-político, alimentando nuevas formas de conflicto. Como apunta la socióloga Saskia Sassen (2014), los nuevos actores de la sociedad internacional han resquebrajado las estrategias de *securitización* del Estado-nación y, por ende, sus políticas en

materia de seguridad para combatir las nuevas amenazas y ataques contra la soberanía nacional. En este sentido, ya no se puede entablar una relación soberanía territorial-nacional, ya que lo que se ha puesto en continua amenaza es la soberanía del sistema internacional.

Un nuevo concepto de conflicto transnacional ha emergido y, por lo tanto, las políticas en materia de seguridad, así como los planes nacionales e internacionales de seguridad se han visto relegados, en buena medida, como instrumentos anacrónicos. Los conceptos de seguridad y conflicto internacional en los cuales dos o más contendientes, dirigidos por los tradicionales Estados-nación, se enfrentaban en un campo de batalla, tal y como ocurrió en la Primera o la Segunda Guerra Mundial, han dado paso a tácticas y estructuras de conflicto mayormente asimétricas.

Los principios y las estructuras de conflicto no tradicionales han alimentado un paradigma de nuevas guerras asimétricas (Kaldor, 2012). Precisamente, es la asimetría de fuerzas la que dificulta que los Estados-nación y el sistema internacional pueda combatir esas nuevas guerras. Los nuevos grupos armados han sido capaces de generar un modelo de conflicto basado en la ubicuidad, la heterogeneidad de estrategias, la interoperabilidad y la movilidad permanente. Si a lo anterior se le suman fuentes de poder económico provenientes de la extorsión, coacción, cooptación, secuestro y uso de técnicas guerrilleras, ello permite entender hasta qué punto encuentran frente a sí, una amenaza, los planes de seguridad de los Estados-nación.

Sin embargo, lo que más ha dificultado y limitado a la comunidad internacional su tradicional capacidad de intervención o superación de ciertos conflictos armados ha sido la creación de grupos terroristas transnacionales. Grupos que han dejado sin una respuesta todavía clara a los Estados-nación y al sistema internacional.

Los conflictos asimétricos transnacionales se caracterizan, *prima facie*, por la no predictibilidad de sus movimientos, así como la carencia de sistemas y planes de detección y prevención, ya que, en muchas ocasiones, no son fácilmente detectables por los cuerpos y las fuerzas de seguridad del Estado, y finalmente, porque a lo anterior se le suma una falta de lógica social a la hora de idear los ataques que realizan.

Subrayando estos conceptos y principios de un conflicto transnacional asimétrico, el sistema internacional se enfrenta a ataques de personas que, en principio, no son sospechosas de cometer brutales actos terroristas, pero que, basados en estructuras sociales autónomas —de acuerdo con un contexto cultural, social, económico, religioso o de cualquier índole— deciden cometer actos terroristas sin estar conectados, necesariamente, a células terroristas internacionales.

Todos estos factores coadyuvan más a generar mayor confusión en los cuerpos y las fuerzas de seguridad de un Estado y de la comunidad internacional, ya que resulta complicado establecer nexos o lógicas de trazabilidad con cada ciudadano dentro del Estado. La lógica y los principios de seguridad se ven amenazados por sujetos sin historial delictivo o sin claras motivaciones para atentar, pero que, basados en el adoctrinamiento y la creación de ideologías virtuales, atentan en los lugares más insospechados del planeta. Los últimos atentados en el metro y aeropuerto de Bruselas, el aeropuerto de Estambul o en la misma fiesta nacional francesa que se celebraba en Niza, permiten desarrollar un marco teórico en el que cualquier persona se convierte en un potencial terrorista.

A pesar de todo, los Estados-nación tras la Guerra Fría y con el surgimiento de movimientos terroristas, paramilitares o guerrilleros, sí que fueron capaces de adaptarse y combatir las lógicas de esos grupos armados nacionales utilizando estrategias y planes de seguridad interna. Así, son los casos de Euzkadi ta Askatasuna en España, del Ejército Republicano Irlandés en Irlanda del Norte, de las FARC en Colombia o de Hamas y Hizbullah.

No obstante, los Estados-nación, mayoritariamente, siguen sin poder hacer frente a los riesgos y las amenazas de grupos transnacionales provenientes de otras partes del mundo. Especialmente, dada la supresión de fronteras y las barreras físicas, las células terroristas son capaces de atentar en cualquier parte del mundo. La investigadora Mary Kaldor (2013, p. 4) destaca que los nuevos conflictos han alterado las lógicas y los principios del concepto tradicional de conflicto y guerra, y establece una nueva base conceptual de estos conflictos asimétricos asegurando que:

Las nuevas guerras pueden ser descritas como una superposición de conflictos (formas organizadas de violencia con fines políticos), de crimen (violencia organizada con fines privados) y violaciones de derechos humanos (violencia contra civiles). La ventaja de no usar el término “guerra” reside en que todo el resto de formas de violencia contemporáneas pueden ser asumidas como ilegítimas, y, por ello, requieren de una actuación que va más allá de las tradicionales respuestas político-militares.

Asimetría y atomización

Los procesos de desintegración de la naturaleza y el concepto de Estado-nación han facilitado el surgimiento de espacios locales y nacionales de fragilidad y debilidad crónica. Estos procesos que se han ido sucediendo en diversas partes de la comunidad internacional, especialmente África y el Medio Oriente, han hecho florecer una nueva generación de grupos terroristas nacionales y transnacionales. Lo anterior porque el final de la Guerra Fría trajo consigo la aparición de unos nuevos tipos de guerras y conflictos, caracterizados por la asimetría de fuerzas.

La lógica tradicional de seguridad de la comunidad internacional se ha visto redefinida a tácticas y formas de combate menos estables, pero más organizadas. Pequeñas células de terroristas o grupos armados han establecido estrategias y lógicas de ataque que no se asimilan a las fuerzas tradicionales de combate que se pudieron observar en la Primera y las Segunda Guerra Mundial. Se ha pasado de un sistema internacional, con una estructura de seguridad claramente definida por los parámetros de la paz de Westfalia, a una forma de conflicto que transmuta y cambia a gran velocidad. Los ataques suicidas, las inmoluciones, el uso de niños y mujeres para atentar en zonas vitales han provocado que las fuerzas de seguridad de los Estados se hayan visto superadas.

Dicho de otro modo, han variado las lógicas de los conflictos. La confusión, la falta de previsión de los ataques, la no predictibilidad, así como el uso de un número reducido de unidades y células han puesto en marcha un sistema de seguridad global en clara mutación. Las

nuevas amenazas no resultan claras, ni evidentes; las estrategias usadas por los nuevos grupos criminales en nada se asemejan a las lógicas de la Guerra Fría o de principios del siglo XX.

Así con todo, este trabajo establece varios factores que coadyuvan y permiten entender el cambio del paradigma de la seguridad internacional y de los movimientos terroristas. El primer elemento que puede ayudar a las Relaciones Internacionales y la Ciencia Política a comprender dicha evolución reside en el concepto de territorialidad que asume el terrorismo transnacional. Si bien durante las décadas que transcurrieron entre los años cuarenta y los noventa, las guerrillas y los grupos paramilitares simbolizaron el primer movimiento transformador de guerras asimétricas, lo cierto es que estas formas de conflicto seguían establecidas en territorios muy concretos dentro de un Estado. Las FARC, el ELN o las AUC actuaron y atentaron en el territorio colombiano construyendo incluso *paraestados* sobre la base de fuentes de poder económico, político, ideológico y militar (Ríos, 2016). Reforzando esa idea, otros grupos terroristas como IRA, ETA o los tamiles de Sri Lanka focalizaron sus ataques terroristas dentro del Estado al que históricamente estaban ligados.

La segunda característica que se puede subrayar, y que está ligada con el concepto de territorialidad, se relaciona con que, si bien los atentados eran intraestatales, su autoría tenía unas características político-sociales y económicas basadas en la ideología y en la historia de un país en concreto. La naturaleza misma de los ataques terroristas y de los conflictos asimétricos cambió radicalmente con los ataques de las torres gemelas en Nueva York, el 11 de septiembre. Un grupo terrorista, que hasta ese preciso momento había quedado *territorializado* a Afganistán y Pakistán, atacaba el corazón financiero de los Estados Unidos. Al Qaeda había hecho añicos todos los planes de seguridad que hasta ese momento se manejaban para controlar el terrorismo en el sistema internacional.

La globalización permitió que una célula de terroristas estrellase dos vuelos comerciales con dirección a los Estados Unidos en los centros neurálgicos de la hasta entonces potencia hegemónica de la comunidad internacional. La falta de cualquier tipo de prevención, predicción o información transformó el sistema de seguridad internacional. La

protección de los Estados ya no pasaba solamente por establecer mecanismos de seguridad ante amenazas o conflictos internos, sino que también había desplazado la seguridad nacional de la nación más poderosa a otras partes del mundo. La seguridad de la soberanía nacional se debía ejercer no desde suelo norteamericano, sino desde Afganistán, Irak o Pakistán.

Como consecuencia de lo anterior, la atomización y la movilidad de los grupos terroristas creó un estado de inquietud y desazón en cualquier parte del mundo. Ya no solamente grupos armados podían atentar en suelo nacional, sino que también la globalización trajo consigo un sistema de terrorismo transnacional en el cual cualquier persona o célula terrorista podía atentar en cualquier parte del mundo. Sin importar la nacionalidad de los terroristas, su ubicación territorial, sus ideologías, su religión o su cultura, estos grupos criminales habían roto las barreras físicas y territoriales, así como las bases de un terrorismo intraestatal.

De acuerdo con lo anterior, este capítulo trata de plantear que Al Qaeda fue la forma más primigenia de terrorismo internacional como predecesor inmediato de Al Qaeda en Irak o del Estado Islámico del Levante. También se asume que la rama de Al Qaeda en el Magreb fue el germen para el surgimiento de Boko Haram en Nigeria, Chad, Camerún y Níger. Es decir, más concretamente, y en términos de aproximación a la actualidad más inmediata relacionada con el terrorismo transnacional, la hipótesis y la teoría que se plantean desde estas páginas es que el Estado Islámico responde, hasta ahora, a la forma de terrorismo transnacional más desarrollada.

Los ataques contra intereses en París, Bruselas, Beirut, Estambul, Túnez o Bagdad conducen a la hipótesis de que la actividad del Daesh o Estado Islámico no se limita a su territorio físico, es decir, Siria o Irak, sino que ha llevado hasta extremos más dañinos las amenazas que Al Qaeda promovió en 2001.

Una tercera característica, que ya fue analizada en el primer epígrafe, teoriza y analiza el grado de supresión de barreras y fronteras a los que han llegado los grupos terroristas actuales. La sociedad de la información, las tecnologías, pero especialmente, el uso de medios sociales al alcance de todo el mundo —véase Facebook, Twitter, YouTube

o Google— han trascendido las formas de información, captación de terroristas, captación de recursos económicos o ideologización, para convertir la sociedad de la información en una sociedad al servicio de los terroristas.

Tal y como destaca la propia Kaldor (2014), las guerras tradicionales han dejado paso a guerras basadas en la ideología o a formas de *territorialización* que difieren de las guerras entre Estados-nación. Las lógicas y los principios han cambiado y los grupos étnicos, religiosos o tribales han trascendido los conflictos locales, en conflictos globales. Igualmente, las nuevas tecnologías han difuminado las líneas que separaban a los ciudadanos comunes, de posibles terroristas y han transformado la información, entretenimiento y *marketing*, en armas de ideologización y extremismo.

Al respecto, el Estado Islámico ha sido la organización terrorista más avanzada a la hora de distribuir videos e información sobre decapitaciones de sus enemigos y propagar sus motivaciones ideológicas al resto del planeta, siendo capaz de propagar un terror desde una proyección netamente global. Así mismo, estos grupos transnacionales han fomentado un sistema social que permite captar financiación y reclutar terroristas en cualquier parte de la comunidad internacional. De hecho, muchos de los terroristas provienen no solo de Arabia Saudí o Qatar, sino también de Gran Bretaña, Australia, Alemania o cualquier otro país en Asia, América o África.

Este sistema de captación suele ser difícilmente rastreable, ya que resulta imposible interceptar todas y cada una de las comunicaciones que se producen en ámbito mundial. Para los Estados tradicionales mantener altos niveles de seguridad y prever qué individuos son potenciales terroristas parece una suerte de quimera, habida cuenta del alto volumen de datos que se maneja diariamente. Solamente creando patrones en esos grandes sistemas de bases de datos podría permitirle a la comunidad internacional obtener una información certera y fiable.

Otro de los factores que diferencia a los grupos transnacionales de los grupos terroristas nacionales es su extensa capacidad económica. Al Qaeda estableció un sistema financiero sofisticado en el cual, esencialmente, Arabia y varios países del golfo Pérsico realizaron donaciones altruistas a la causa y a la ideología que representaba ese grupo

terrorista. La novedad que ha introducido ISIS es que ha establecido una malla de fuentes financieras que supera con mucho a otros grupos armados. La explotación de pozos petrolíferos y de gas, la extorsión generalizada en sus territorios, la venta ilegal de obras de arte de Siria e Irak, la explotación sexual de mujeres, el tráfico de personas, drogas y armas, así como la obtención de donaciones desde cualquier parte del mundo convierten al *Daesh* en la organización terrorista que más activos tiene en el mundo (FAFT, 2015).

Los Estados que luchan contra el Estado Islámico no han dudado en intentar acotar y limitar las capacidades económicas y financieras de este grupo terrorista; sin embargo, sus esfuerzos por controlar las transacciones, las donaciones, el lavado de dinero, fraude o diversas formas de corrupción, todavía existen ciertas limitaciones que no permiten estrangular económicamente las operaciones de esta organización. Es especialmente difícil poder detectar esos flujos económicos en Estados frágiles o débiles, donde la extorsión y el tráfico de armas, personas y otras mercancías se ejerce de forma ilegal y sin control o capacidad de mitigación alguna.

Por ejemplo, Boko Haram ha establecido un sistema de extorsión, secuestros y amenazas perfectamente organizado, en el que es capaz de mantener la autoridad y el control del norte de Nigeria desde su capital estratégica, Maidaguri. Sus ataques terroristas y su capacidad para crear sistemas económicos y sociales, paralelos al del gobierno nigeriano, suponen una seria amenaza para mantener el imperio de la ley, el Estado de derecho y el monopolio de la violencia en gran parte del norte y oeste del país (Ayadike, 2013).

Este mismo control y autoridad es el que ejercer ISIS en Siria, especialmente en la región de Raqqa, o la región de Niniveh, en el norte de Irak, donde los mecanismos estatales para controlar las acciones de extorsión contra la población resultan ineficaces. Ello es posible dada la fragilidad y la debilidad estructural de los gobiernos sirio e iraquí. Por ejemplo, el informe anual de la organización *Financial Action Task Force* (FATF) pone de manifiesto cómo el *Daesh* ha sido capaz de imponer gravámenes del 50 % a los salarios de los funcionarios iraquíes. La debilidad del Estado para ejercer el monopolio de la violencia y el

control de la seguridad en el país fortalece la capacidad y la autoridad del Estado Islámico y llegar a controlar su propio territorio.

Uno de los factores más destacables es la facilidad que tanto ISIS como Boko Haram tienen para subvertir las estructuras de poder, regionales y locales. Ambas organizaciones secuestran y amenazan las estructuras democráticas estatales y locales, creando estados paralelos al margen del gobierno iraquí o sirio. Su capacidad económica, política y social ha permitido un fortalecimiento institucional de sus sistemas de gobierno, atribuyéndose gran parte de las capacidades de un estado.

Un último factor que hacen que estos grupos tengan una gran capacidad de acción es la facilidad que tienen para adoctrinar e ideologizar a personas de todo el mundo. Las ideologías y las doctrinas religiosas que extienden y difunden por internet les facilitan un mayor impacto social y de autoridad en ciertas partes del mundo. La creación de una ideología en la que se defienden preceptos del islam de la época califal hace que muchos de sus fieles legitimen sus formas de autoridad. No obstante, más adelante se analizará hasta qué punto la ideología del Estado Islámico confronta con la de otros grupos étnicos de la zona y cómo su forma de ejercer la autoridad por medio de la extorsión genera un amplio rechazo por parte de determinadas comunidades locales.

Concepto de territorialidad en las organizaciones terroristas transnacionales

En el campo de la seguridad y de las Relaciones Internacionales han sido elaboradas múltiples y multidimensionales estrategias con el fin de relacionar las atribuciones políticas tradicionales del Estado-nación con la que se suceden en los denominados Estados débiles, frágiles o fallidos. Partiendo de un análisis y una sistematización holística, se puede establecer un debate metodológico en el cual conceptualizar y cuantificar qué atribuciones del Estado tradicional desaparecen para la conformación de un concepto de Estado débil o frágil. De hecho, las atribuciones que tradicionalmente considera la Ciencia Política que sustentan a un Estado y, más particularmente, a un Estado de Derecho serían: el control del territorio y la garantía de la seguridad

de la población; el ejercicio del monopolio de la violencia; el desarrollo económico y el control de los presupuestos y los impuestos del Estado; la independencia del sistema judicial; o el control de los poderes ejecutivo y legislativo que recaen soberanamente sobre el congreso o el parlamento nacional, elegido por el pueblo. Es decir, el Estado se entiende, tradicionalmente, como el único garante a la hora de controlar y manejar todas esas atribuciones anteriormente mentadas, implementando y alentando un sistema de bienestar social en el que se respeten, se defiendan y se promuevan el respeto de los derechos fundamentales de las personas y el desarrollo económico del país.

Lo anterior contrasta con una realidad bien diferente, pues grupos terroristas transnacionales como ISIL han revertido y alterado el sistema del Estado de derecho en diversas regiones y zonas del norte de Irak y Siria, socavando la soberanía nacional de los gobiernos en esos países y regiones, al tiempo que han formalizado estructuras económicas, políticas y jurídicas paralelas en las regiones y las ciudades ocupadas.

La base ideológica y política del Estado Islámico es la de actuar como una fuerza social, económica y, finalmente, política que desman-tele y distorsione las estructuras propias del Estado de derecho de Irak y Siria, desconectando los sistemas funcionariales y burocráticos del Estado, así como alienando y desmontando los servicios públicos en las regiones del noreste del país (figura 1).

Figura 1. Zonas controladas por el Estado Islámico en Siria e Irak, 2016

Source: IHS Conflict Monitor as of August 29

Fuente: IHS Conflict Monitor.

Este grupo terrorista transnacional buscaría, en primer término, paralizar las estructuras internas del país con el fin de alterar su naturaleza política. En segundo lugar, asume el control de la justicia e impone un sistema en el cual las condenas y las decisiones se toman de una manera arbitraria y parcial con el fin de castigar y bloquear cualquier iniciativa social. En tercer lugar, pretende ganar el control de las estructuras político-económicas del país para, finalmente, amenazar a comunidades locales que llevan residiendo en esas regiones durante siglos.

Uno de los casos más destacados es el de la minoría yazidí que, residiendo en el norte de Irak, ha visto cómo ha sido castigada, torturada y alienada con la llegada del Estado Islámico. Las mujeres de esta etnia han sido recurrentemente forzadas sexualmente, violadas y

esclavizadas, violando todas las convenciones de derechos humanos y sus derechos fundamentales (Callimachi, 2016). A ello hay que añadir otras circunstancias como, por ejemplo, la matanza de los hombres de este grupo étnico, así como el adoctrinamiento y la captación de niños para que formen parte de los grupos del Daesh en la zona.

Entre las características más destacables del Estado Islámico y de grupos como Boko Haram es el uso recurrente de mujeres y niños para todo tipo de actividades terroristas. Los menores son entrenados y alienados ideológicamente para formar parte de las acciones militares de los grupos terroristas, convirtiéndolos en los soldados perfectos, capaces de combatir a soldados sin llamar la atención de ellos. Igual sucede con otras poblaciones vulnerables, como niños o mujeres, y que son un recurso recurrido del Estado Islámico o Boko Haram con diversos fines. El primero, esclavizarlas, violarlas y usarlas para fines domésticos. La ideología de estos grupos asigna a la mujer un rol familiar tanto a la hora de procrear, como de proteger a su marido y familia. En segundo lugar, las mujeres son usadas para labores de inteligencia, ya que pueden acceder a localizaciones a las que muchos varones no pueden acceder. En tercer término, las mujeres actúan como contrabandistas de armas, drogas o diversos tipos de mercancías; este hecho es posible, ya que las mujeres no pueden ser registradas por soldados varones, ya que la religión musulmana prohíbe terminantemente cualquier contacto físico por parte de un varón que no sea el marido de la propia mujer. Por último, la función a la que van destinadas algunas mujeres es la de atentar contra lugares y posiciones estratégicas. Bajo sus *hijabs* camuflan las bombas que hacen explosionar en ataques suicidas.

Atendiendo al concepto de conflictos asimétricos, esta categorización eleva a mujeres y niños a la altura de recursos terroristas de primer nivel, lo que les crea una mayor confusión a las fuerzas de seguridad del Estado, incapaces por estos elementos culturales de controlar a estos grupos sociales altamente vulnerables.

Esta estrategia terrorista ha sido amplificada en Nigeria, donde el grupo terrorista Boko Haram ha pervertido y desmantelado las estructuras de autoridad nacional en los estados nororientales del país. La capital de este grupo terrorista se encuentra en Maidaguri, cercana a la frontera de Camerún, donde se permite que este grupo transnacional

pueda realizar violentos y sangrientos ataques no solamente en Nigeria, sino también en los países vecinos.

Buena parte de los niños y las mujeres raptados provienen de esos países y son víctimas de frecuentes abusos sexuales y violaciones. Así, el caso más impactante en la comunidad internacional se produjo cuando Boko Haram raptó en Chibok a miles de niñas en edad escolar. Estas menores han sido esclavizadas, violadas, abusadas sexualmente, torturadas y obligadas a matrimonios forzados con varones de las etnias dominantes en la zona. La venta de las mujeres no solamente otorga una fuerza económica al grupo terrorista, sino que además legitima socialmente sus actividades ante las familias y los grupos étnicos dominantes en la zona, que apoyan las estrategias del grupo terrorista.

Tal como destaca Human Rights Watch (2015), cerca de 2500 civiles fueron asesinados entre enero y agosto de 2014, lo que provocó dramáticos desplazamientos internos en la región. Cerca de 650 000 personas en Nigeria se tuvieron que desplazar a otras partes del país, mientras que más de 800 000 civiles fueron desplazados como refugiados a los países vecinos. El mismo informe de HRW de 2015 resalta cómo la violencia se ha extendido por diversas poblaciones y regiones del país entre las que se encuentran Kano, Jos, Kaduna, Gombe, Bauchi, Lagos y Abuja (capital federal del Estado) donde han sido asesinadas más de 410 personas como consecuencias de múltiples ataques.

Además, diversos informes estiman que más de 6000 civiles han sido asesinadas desde 2009 por ataques con artefactos explosivos y que cerca de 2563 civiles fueron asesinados en 2014. Por ejemplo, con esta estrategia, Boko Haram trata de usar mecanismos de coacción contra la sociedad y así socavar la autoridad local, regional y nacional de Nigeria. De hecho, Investigadores como Adesoji (2011), Onuoha (2010) o Aydike (2013) destacan de qué modo este grupo terrorista utiliza estas maniobras terroristas con el fin de deslegitimar la autoridad del Estado y revertir su capacidad a la hora de proteger a civiles inocentes. La inestabilidad creada y la falta de un sistema de seguridad nacional han generado un estado de crónica y sistémica fragilidad en las estructuras estatales y regionales, entre otros, de Yobe, Borno y Adamawa (Tonwe y Eke, 2013).

La pobreza y la corrupción florecen y avanzan de manera rampante en estas regiones, por consiguiente, se fortalece y se crea una simiente de poder que socava la autoridad del gobierno nigeriano. Estos grupos terroristas transnacionales imposibilitan en algunas zonas cualquier tipo de estructura estatal, debilitando el monopolio de la violencia del Estado y alienando las atribuciones de este en amplias regiones de los países.

Terrorismo: legitimidad y autoridad

Las teorías contemporáneas de Ciencia Política interrelacionan en sus investigaciones el grado de autoridad y la aceptación social de los grupos terroristas en el actual sistema internacional. Por ende, el concepto de legitimidad entronca con la capacidad que los grupos armados tienen para ganarse el apoyo popular en determinadas regiones y zonas del mundo. Un ejemplo de ello se puede encontrar en el Estado Islámico y Boko Haram, donde se han ganado la confianza de ciertas comunidades suníes en Irak, Siria y Nigeria, utilizando el monopolio de la violencia contra ciertas minorías religiosas. Sus políticas han coartado a comunidades chiíes, cristianas y otras etnias y clanes, como también han reforzado su naturaleza como estado político y social entre parte de la población civil sunita.

La construcción de carreteras y hospitales, así como la prestación de servicios sociales a las minorías más vulnerables de la comunidad suní han reforzado la presencia de estos grupos terroristas en zonas de especial exclusión y vulnerabilidad social. Su apoyo en Mosul, Raqqa y otras regiones del norte de Irak y Siria, no solamente se asume en términos de apoyo a la sociedad, sino que también refrendan los conflictos históricos presentes entre diversas etnias de las regiones afectadas. La represión a ciertas minorías religiosas y grupos étnicos se observa como un signo de fuerza y se ve apoyado por parte de la comunidad civil.

Las políticas restrictivas, las matanzas y la huida de centenares de miles de desplazados internos refuerzan la impresión de que la legitimidad del Daesh y Boko Haram se ha ido incrementando con el paso del tiempo. Sin embargo, pese a que estos grupos armados se han

hecho con el control de gran parte de las atribuciones estatales, llegando a crear incluso estados paralelos dentro de Irak y Siria, la realidad es que su grado de legitimidad empieza a decaer incluso entre las comunidades musulmanas suníes. No obstante, la respuesta a esa desazón no sería otra que la aplicación de elevados impuestos a todos los ciudadanos con el fin de apoyar la creación de un nuevo califato y un estado islámico. Según establece el Daesh, los ciudadanos deben apoyar económica y materialmente la creación de un nuevo Estado y por ello, cierta parte de la población que ya estaba en situación de vulnerabilidad y exclusión social rechaza la imposición de tasas para acciones normales en la vida de las comunidades.

De hecho, el Daesh establece impuestos por el tránsito de vehículos en carreteras, cargando con altas cargas impositivas el transporte de ciertos productos; por su parte, los comerciantes de la región no ven con buenos ojos estas tasas y consideran abusivo su cobro, cuando incluso usan infraestructuras y servicios públicos, tales como carreteras, servicios médicos o de agua potable (Brisard y Martínez, 2014).

Según relata el informe del grupo de investigación FATE, *Financing of the terrorist organization Islamic State in Iraq and the Levant (ISIL)*, el Estado Islámico se financia básicamente usando la extorsión de bienes y servicios. Así mismo, transferencias bancarias, intercambio de productos o el uso de servicios básicos están expuestos al cobro de gravámenes que se usan para financiar las actividades del grupo terrorista. De igual manera, parte de la población entiende que estos métodos suponen dificultar la vida de ciertas familias y clanes, y ven este tipo de extorsiones como un método ilegítimo e ilegal de abuso contra buena parte de la población.

Otro caso de extorsión conocido es el que se aplica contra todos los funcionarios estatales iraquíes que tienen que pagar un impuesto por recibir sus propios salarios del gobierno de Irak. Pese a que el gobierno ha intentado acabar con esta extorsión, pagando a sus funcionarios en mano en Kirkuk u otras zonas seguras, la realidad es que el Estado Islámico sigue cobrando tasas que gravan más del 50 % de los trabajadores públicos en el norte del país (Solomon, 2014).

Igualmente, un escenario muy similar acontece con las políticas represivas y de extorsión que lleva a cabo el grupo terrorista Boko

Haram en Nigeria. Los cobros de impuestos irregulares a las minorías cristianas, amén de otras familias y clanes minoritarios que habitan en el norte del país, reproducen un grado la falta de legitimidad entre buena parte de la sociedad civil. Tanto, que los frecuentes secuestros de mujeres y niños, los asesinatos de hombres y personas jóvenes, así como una continua sensación de amenaza e inseguridad son las armas que usan los grupos armados y los grupos terroristas en todo el mundo y, muy particularmente, en Nigeria.

Violaciones de los derechos humanos, tráfico de armas, personas, drogas y otros productos reflejarían el grado de abuso al que son sometidas las minorías étnicas en este tipo de conflictos. Si bien no resulta novedoso el hecho de abusar de las minorías —véase las purgas estalinistas contra los lituanos y tártaros durante la Guerra Fría—, resulta novedoso el frecuente uso de mujeres y niños en los conflictos transnacionales. Precisamente, su vulnerabilidad social dentro de estructuras sociales muy hieráticas y altamente jerarquizadas pone a menores y mujeres en una situación de precariedad laboral y social.

De este modo, cabría entender de qué manera, el grado de legitimidad que estos grupos terroristas transnacionales puedan captar sobre sus respectivas comunidades locales, posibilita el establecimiento de estructuras estatales paralelas. Nicolás Maquiavelo (2003), en el siglo XVI, ya formulaba toda una teoría político-filosófica en la que calibraba cómo los Estados podían gestionar a las comunidades existentes en un territorio en búsqueda de cierta legitimidad. Esta teoría trata de explicar los conceptos *statemakers* y *statebrokers*; o lo que son los factores que ayudan a construir o destruir un Estado-nación, especialmente, con grupos terroristas como los planteados.

En su teoría política, Maquiavelo trató de vertebrar una metodología social, política y económica, y analizar por qué ciertos gobiernos o ciertas formas políticas tenían un apoyo y una legitimidad dentro de la sociedad civil. Esto es, cómo ciertos aparatos políticos fracasaban o resultaban exitosos a la hora de conquistar, no solo física, sino también mentalmente a sociedades cuyas formas culturales y mentales distaban bastante con respecto a otras formas sociales de entender el mundo. Esa teoría, clave en la comprensión de la política del poder, seguirá, en cierto modo, vigente con grupos transnacionales como los referidos.

Es decir, los grupos rebeldes se tienen que centrar, en primer lugar, en ofrecer servicios básicos a la comunidad, minusvalorando y socavando las estructuras estatales, sobre todo, recurriendo a medidas extorsivas y coartando a la comunidad correspondiente (Keister y Slantchev, 2014). La extorsión y la adopción de medidas poco populares ha resultado ser una de las metodologías más usadas en sociedades poco habituadas a la participación social. La autoridad y la legitimidad en estas comunidades se relacionaría, directamente, con la capacidad que tenga un gobernante de imponer reglas y leyes a sus súbditos. Tal y como expondría Maquiavelo, de nada sirve usar una autoridad y legitimidad débil en esas comunidades, ya que la sociedad civil ha sido educada bajo estándares de gobierno en los cuales las medidas represivas resultaban habituales.

Los gobiernos rebeldes deben tener en cuenta qué factores coadyuvan a que una determinada sociedad o comunidad favorezca los intereses propios de los civiles, y de qué manera ganarse la legitimidad. Los lazos culturales e históricos de una comunidad son autónomos; no hay políticas o principios universales para poder buscar el equilibrio entre autoridad, capacidad y legitimidad en cualquier parte del mundo. En muchas ocasiones, comunidades adaptadas a sistemas autoritarios no aceptan niveles de autoridad bajos, mientras que comunidades más democráticas no aceptan niveles de autoridad muy elevados. Por ello se podría establecer tres tipos de metodologías con el fin de estructurar los grados de aceptación o rechazo en la sociedad internacional por parte de estos grupos:

- Cuando el apoyo de una comunidad es débil y la sociedad no quiere adoptar ciertas estructuras políticas y de gobierno, debido a diferencias ideológicas, culturales o político-económicas, el grupo rebelde o terrorista puede tratar de ejercer las medidas represivas y extorsionadoras más fuertes posibles para poder controlar los recursos de la población. Las medidas autoritarias han sido una fuente de legitimidad en muchas partes del mundo ya que existe una cierta adaptación a gobiernos de estilo represivo.
- Terroristas y gobiernos rebeldes pueden tratar de buscar dicha legitimidad ofreciendo servicios básicos a la comunidad. La mejora de vida de la sociedad civil y de ciertas minorías étnicas está

íntimamente relacionadas con comunidades que históricamente han estado centradas en mantener relaciones pacíficas y de cooperación con etnias, clanes o grupos familiares mayoritarios. Esta metodología no busca romper las reglas o el Estado de derecho preestablecido con anterioridad, pero sí cataliza sus esfuerzos en la búsqueda de un equilibrio de poder en el cual todas las partes puedan ganar algo. Un ejemplo se puede encontrar en las etnias kurdas de Irak, que fortalecieron las instituciones locales mediante la construcción de servicios básicos, tales como hospitales o servicios de agua corriente; para ello recurrieron a los beneficios que les generaron los pozos petrolíferos de la zona. Estos beneficios se vieron recortados cuando el Estado Islámico accedió a la zona, provocando que sus niveles de legitimidad fueran débiles o inexistentes.

- Por último, hay ciertos grupos que tienden a gobernar con altos grados de autoridad, medidas represivas y la aplicación de medidas y políticas impopulares. Este es el caso, del Estado Islámico en ciertas partes del norte de Irak, donde la aceptación civil es muy escasa. Los gobiernos autoritarios tienden a recrear su propio sistema judicial, aplicando medidas draconianas contra la población civil. Recortando todos los derechos y las libertades de la comunidad se controla cualquier atisbo de revolución o de políticas de autodeterminación.

Las nuevas formas de terrorismo han establecido, sea como fuere, estructuras económicas sólidas. La capacidad que tienen de autosubvencionarse genera una ventaja competitiva a la hora de mantenerse operativos en el tiempo, habida cuenta que el sistema económico global facilita la obtención de esos recursos que normalmente provienen de fuentes ilícitas. Esta capacidad económica permite, entre otras posibilidades, la prestación de servicios básicos para la población o la financiación de actividades terroristas en otros Estados.

Una de las características más determinantes de estos grupos es su capacidad para generar recursos de manera autosuficiente y usar esos recursos para ganarse “los corazones y estómagos” de la comunidad. Además, esta financiación les permite acceder a equipos militares y

armas provenientes de diversas partes del mundo. Los informes provenientes de las organizaciones *Balkan Investigative Reporting Network* (Birn) y *Organised Crime and Corruption Reporting Project* (Occrp) reflejan cómo una gran cantidad de armas provenientes de los Balcanes han ido a parar a manos de ISIS a través de Arabia Saudí.

Figura 2. Transporte de armas desde los Balcanes al Medio Oriente

Fuente: BIRN (2015).

El tercer factor que dicha independencia económica coadyuva es la de la suplantación de los poderes ejecutivos y judicial y, por lo tanto, las atribuciones propias de un Estado. Las nuevas formas de terrorismo organizan *paraestados* y, por ende, reformulan el *status quo* establecido por los modelos westfalianos, que dan cuenta de cómo sus atribuciones políticas quedan duplicadas, transformando el orden político, social y económico de una región.

Como resultado de todas estas transformaciones que se han ido produciendo en términos de capacidades, autoridad y legitimidad de los grupos terroristas, tanto ISIS, como Boko Haram representan la última evolución de las guerras asimétricas. No obstante, todo parece indicar que nuevos grupos transnacionales surgirán como consecuencia de los mencionados avances tecnológicos, sociales y económicos. Los sistemas terroristas van a sufrir un proceso de transformación hacia formas más sutiles en las que los Estados van a tener dificultades para su detección temprana.

Aunque este estudio tiende a pensar que estos procesos legitimadores han transformado los sistemas de seguridad de la comunidad internacional, tampoco se puede desdeñar la idea de que todavía los sistemas usados por los grupos armados y los grupos terroristas no son la versión más desarrollada de la naturaleza política de un Estado. Todavía los altos niveles de autoridad, extorsión e imposición ideológica suponen una traba para que determinadas etnias, grupos sociales y familias acepten la legitimidad de estos Estados terroristas. Precisamente, la ideologización y la confrontación de dogmas religiosos parecieran ser las causas más imperantes para que se sigan produciendo lógicas de rechazo en determinadas comunidades. Así mismo, las extorsiones económicas, el establecimiento de sistemas autoritarios y, esencialmente, la imposición de ideologías ha rebajado los niveles de legitimidad en ciertas partes de Siria e Irak.

Empero, si bien la base principal de legitimidad y autoridad se genera en los territorios ocupados por ISIS, la realidad es que la sociedad anteriormente mencionada de las tecnologías y la información ha abierto un abanico de oportunidades de reclutamiento a las organizaciones transnacionales. Al Qaeda, que fue el precedente inmediato de ISIS y de Boko Haram —en este caso, como Al Qaeda en el Magreb— revolucionó el sistema de captación de fieles y seguidores a la causa terrorista usando los nuevos sistemas de comunicación global. El Estado Islámico ha perfeccionado y ha analizado el impacto global de las redes sociales y de internet, como también ha reformulado las lógicas regionales a la hora de atentar y atacar.

Su ubicuidad en las redes sociales ha permitido crear una amplia masa social de posibles terroristas que pueden actuar en cualquier parte

del mundo. Ahondando en la importancia vital que han adquirido las redes sociales y las tecnologías, ISIS ha creado una fuente externa de financiación en las que, según FATF (2015), el Estado Islámico es capaz de captar aproximadamente 2000 millones de euros anuales, provenientes de donaciones altruistas, que en su mayor parte provienen de Arabia Saudí, Qatar, Túnez, Libia o incluso países occidentales como Australia o Gran Bretaña.

La globalización ha sido usada por estos grupos transnacionales para tener seguidores en cualquier parte del mundo y establecer una comunidad religiosa e ideológica mundial. Su radicalismo se imbrica en todas las capas de la sociedad, lo que provoca unos altos niveles de aceptación y legitimidad en diversas partes del sistema internacional. Ello genera la presencia de personas y células terroristas “durmientes” que pueden salir a la luz en cualquier momento para atentar en cualquier lugar. Los sistemas de seguridad ya no pueden controlar o establecer planes de seguridad temprana contra los terroristas, ya que estos están infiltrados en cualquier nivel de la sociedad. Además, sus procesos de radicalización no son fácilmente rastreables, por lo tanto, por ahora, resulta difícil detectar qué personas son susceptibles de ser terroristas de acuerdo con su radicalización ideológica.

Estos grupos terroristas utilizan, además, como base territorial, zonas con una especial vulnerabilidad y bajo una amenaza de exclusión social. Por ello se instalan en regiones o comunidades donde las atribuciones del Estado han quedado fracturadas. Estas regiones débiles, frágiles o incluso fallidas, representan la mejor fuente para la búsqueda de escasa legitimidad gubernamental y, por ende, de la absoluta incapacidad de generar capacidades o autoridad en las comunidades que residen ahí.

El Estado Islámico, Boko Haram u otros grupos terroristas buscan territorios fallidos o frágiles para establecer su propia autoridad y capacidades, tratando de obtener altos grados de legitimidad social. De hecho, ciertas ideologías basan su capacidad para gobernar territorios en la búsqueda de necesidades sociales básicas. Mediante esa ayuda o cooperación con la comunidad se fomentan lazos de identidad e ideología con los cuales atraer la simpatía de las etnias o los grupos familiares más respetados en la región. Al Qaeda, por ejemplo, basó

gran parte de su legitimidad en Pakistán o Afganistán en su capacidad para apoyar a los talibanes.

La base principal sobre la que se asienta este análisis asume que el mejor mecanismo de seguridad existente debe ser plantear medidas preventivas para que las comunidades más vulnerables bajo riesgo de exclusión no legitimen la presencia de grupos transnacionales armados en zonas con una especial debilidad o fragilidad.

El impacto de la debilidad estatal en regiones vulnerables

Investigaciones más recientes han buscado teorizar sobre una atomización y la regionalización de los conflictos modernos. El Banco Mundial ha creado una metodología en la cual los conceptos de Estado débil o frágil han sido reemplazados por ciudades y regiones especialmente vulnerables y frágiles. Igualmente, el Instituto de la Paz de los Estados Unidos (USIP) reafirma la tesis del Banco Mundial y plantea un nuevo sistema internacional, en el cual los estudios sobre resolución de conflictos y la investigación para la paz no busquen soluciones macroterritoriales, sino microterritoriales.

Refrendando estas tesis, habrían ganado fuerza los trabajos dedicados a investigar la fragilidad crónica y endémica de varias regiones y ciudades, con el fin de gestionar mejor los planes durante el conflicto y tras el conflicto. Ciudades como, Mosul, Raqqa, o regiones como las del norte de Irak y Siria se formulan como un evidente ejemplo de cómo los grupos terroristas aprovechan la vulnerabilidad crónica en ciertas regiones para tomar el control de comunidades al borde de la exclusión. Es más, ciudades, como Homs, refrendarían el nuevo modelo en el que se instalan los grupos terroristas. La ciudad fue bombardeada y destruida como consecuencia de la guerra civil entre el presidente sirio Bashar Al Asad y la oposición siria. Los servicios básicos son inexistentes y la autoridad local ha desaparecido por completo, dejando vía libre a los grupos transnacionales a actuar libremente por la región. Así, concurrirían dos factores que determinan ese grado de fragilidad al que este estudio hacía antes mención; el primero, las

vulnerabilidades económicas, sociales y políticas de una determinada comunidad; el segundo, las confrontaciones religiosas y los conflictos armados entre minorías y mayorías étnicas en una determinada zona. En Siria, esta confrontación y conflicto se han formalizado entre las mayorías suníes y las minorías chiíes, kurdas, cristianas y yazidíes.

Por consiguiente, y en vista de la vulnerabilidad de determinadas regiones y comunidades, el efecto que se suele producir en cadena sería el del florecimiento de la corrupción y los conflictos paralelos que suelen derivar en la creación de un espacio de inestabilidad y violencia endémica (Omar, 2016). Para este trabajo cabría aceptar, fundamentalmente, que son precisamente estas causas las que suelen definir y formalizar el concepto y noción de fragilidad. La carencia de autoridad, recursos y legitimidad favorecen el surgimiento de grupos terroristas que encuentran un espacio ideal para establecer sus territorios.

Ni el norte de Nigeria, ni el norte de Siria e Irak permanecen controlados bajo el Estado de derecho y el imperio de la ley de los gobiernos nacionales o incluso locales. Raqqa, Deir ez-Zor en Siria, Mosul, Tikrit y la región de Niniveh en Irak serían ejemplos reveladores. Todas ellas son regiones altamente atomizadas, con comunidades en un sempiterno conflicto histórico-social y con unas necesidades de servicios básicos puestos en continuo peligro por una debilidad crónica y sistémica que amenaza la vida de las sociedades que habitan en la zona. Así mismo, no es casual que Boko Haram se haya establecido en el norte de Nigeria, una zona con una especial debilidad institucional, donde no hay bienes y servicios, ni trabajo y recursos económicos, aspectos que amenazan la estabilidad social y donde este grupo terrorista ha encontrado el perfecto nicho territorial para establecerse.

La desigualdad social, la presencia de comunidades con bajos recursos económicos, los frecuentes conflictos histórico-religiosos entre musulmanes y cristianos, el deficiente establecimiento de medidas de seguridad nacional para evitar los conflictos entre diversos clanes, la apatía desde Abuja para articular soluciones en servicios básico como la educación y un sistema sanitario, la porosidad de las fronteras —permitiendo el tráfico de drogas, personas y armas—, así como toda una pléyade de carencias y conflicto han permitido que las células terroristas de Boko Haram, Al Qaeda en el Magreb, Ansar Dine o MUJAO

hayan emergido con relativa intensidad y casi sin resistencia alguna en este particularmente frágil territorio.

Todo este panorama de problemas de seguridad sistémicos ha alimentado la creación de corredores donde los grupos terroristas llevan a cabo todo tipo de actividades ilegales. Entre ellas, el tráfico de personas, de armas ligeras y el comercio de armas de gran calibre. Por consiguiente, la debilidad sistémica, estructural y crónica que existe en Yobe, Bauchi y Adamawa, entre otros, ha facilitado el establecimiento de un Boko Haram que ha fortalecido sus estructuras terroristas y ha ganado autoridad y notable legitimidad entre las comunidades locales. Tanto, que el propio gobierno nigeriano reconoce su incapacidad para controlar esos territorios y asume la realidad por la que estas comunidades siguen viviendo bajo las normas que impone este grupo terrorista.

Maidaguri, capital territorial del estado generado por Boko Haram, encarna el perfecto estado de fragilidad en el que vive la región. La vulnerabilidad política, económica y social no solamente se centró en esa ciudad, sino que también se expandió, como lo hace un cáncer, de manera incontrolada a otras zonas del norte del país. Los atentados contra intereses de seguridad del gobierno nigeriano resultan frecuentes; de hecho, la capital, Abuja, ha sido objeto de muchos de los ataques mortales llevados a cabo por el grupo terrorista. Las debilidades estructurales y de seguridad que sufre Nigeria fortalecen la visión cada más organizada de que Boko Haram ha tomado la autoridad y el control de muchas partes del país. Incluso, ha llegado a expandirse a zonas y regiones limítrofes de Nigeria y de los países adyacentes.

El Banco Mundial (2015) resalta cómo las agudas y endémicas debilidades y vulnerabilidades son la principal causa para que los mecanismos de gobierno frágiles se hayan instalado en países asediados por los conflictos y la guerra:

El concepto de fragilidad ha sido frecuentemente asociado con una falta de desarrollo, progreso o a problemas y bolsas de pobreza en países que se están recuperando de guerras civiles. Empero, la fragilidad global ha avanzado, asumiendo nuevas formas; la primavera árabe y su posterior fragmentación; la emergencia de nacionalismos étnicos; conflicto sub-nacionales en países de renta

media; traumas psicológicos causados y precipitados por ciclos de violencia urbana; y las conexiones entre grupos criminales y el tráfico ilícito de drogas y guerras civiles.

Esta fragilidad ha quedado palpable en la Guerra Civil que acontece en Siria y en la posterior crisis humanitaria que azota al país y por la cual se han producido cerca de 6.6 millones de desplazamientos internos y más de 5 millones de refugiados han abandonado el país. Por ejemplo, estos movimientos migratorios habrían facilitado la intervención de ISIS en la región de Raqqa y en las ciudades del norte de Siria (Internal Displacement Monitoring Centre, 2015). Únicamente, ciudades como Kobane, dominadas por la mayoría kurda en el norte de Siria, han permitido controlar la expansión del Estado Islámico a otros países como Turquía.

La desigualdad social y la fragilidad urbana, sumado a un terrible conflicto que asola a la zona, han actuado como los perfectos vectores para la rápida y la progresiva expansión de los grupos criminales tanto en Irak, como en Siria. El uso de las tecnologías de la información ha facilitado su proyección económica y social al resto del mundo. Precisamente, países como el Reino Unido, Alemania o Australia han percibido de qué manera algunos de sus ciudadanos han dejado el país y se han enrolado en las filas de estos grupos armados. Boko Haram todavía no ha llegado a ese mismo nivel de sofisticación a la hora de actuar en otras partes del mundo y de captar a nuevos fieles, pero sí que es cierto que ha conseguido instalarse y atender en países como Camerún (39 ataques terroristas), Chad (dieciséis) o Níger (siete), tal y como destaca el informe de Unicef de 2016.

Por consiguiente, la capacidad de estos grupos criminales y terroristas ha ido fortaleciéndose e implementándose con el paso del tiempo. Los procesos de atomización a los que alude la Iniciativa por la Paz de los Estados Unidos (USIP) buscan, en la actualidad, contrarrestar los efectos perniciosos de la debilidad estructural de ciertas regiones e instalar sistemas de bienestar centrados en proyectos locales y microlocales. Su programa humanitario, lanzado en la ciudad siria de Al-Qahtaniya, dentro de los bordes de la región autónoma siria, han permitido fortalecer las estructuras de autoridad local en una comunidad dividida entre

las comunidades kurdas, suníes, así como estructuras tribales, familiares y de clanes sociales muy diversos (Gharizi, 2015). De hecho, este programa buscaría catalizar los esfuerzos en materia de posconflicto armado y de construcción de la paz, reduciendo los posibles espacios de conflicto y favoreciendo la aparición de nuevas formas económicas que mitiguen la sistémica vulnerabilidad en la zona y la exclusión social de ciertas etnias. Además, este programa se vería solidificado con la presencia de acuerdos y planes de seguridad regionales, en los que participen todos y cada uno de los actores en una forma de empoderamiento local. Así, son los propios clanes, etnias y familias los que controlan los espacios de seguridad comunes, tales como carreteras, y los que fortalecen planes e iniciativas colaborativas en programas económicos sostenibles.

La sostenibilidad y el desarrollo económico son dos factores fundamentales en la búsqueda de proyectos de construcción y mantenimiento de la paz. Los procesos establecidos en pro de un fortalecimiento institucional sostenido, del empoderamiento de las comunidades locales, así como la apertura de procesos de diálogo social han hecho florecer iniciativas sociales provenientes de las clases sociales más desfavorecidas. Es precisamente esa conexión con la sociedad la que este tipo de programas buscan fortalecer y evitar un posible efecto contagio con redes sociales, en las que ISIS puede tratar de ideologizar o captar la atención de las comunidades locales.

Conclusiones

Llegados a este punto, se puede dar cuenta de cómo la institucionalización de gobiernos locales con limitada autoridad y capacidad se interrelaciona directamente con el florecimiento de efectos desestabilizadores, tales como una sistémica inseguridad o unos mecanismos frágiles de acción a la hora de combatir la exclusión social y económica.

La corrupción política, la inseguridad, la pérdida del monopolio de la violencia, así como unos niveles de autoridad limitados son el caldo de cultivo perfecto para que grupos criminales y terroristas se instalen en territorios con situación endémica de vulnerabilidad. El resultado de esta fórmula deriva en la gestación de sistemas de gobierno

e instituciones corruptas que no solamente no pueden contrarrestar los desequilibrios entre diversos grupos étnicos, sino que, además, revelan su ineffectividad a la hora de combatir a los grupos transnacionales que se instalan en su territorio.

La presencia de instituciones locales fortalecidas es imprescindible para dotar a la estructura gubernamental de las herramientas necesarias para luchar contra problemáticas como los altos niveles de desempleo, la volatilidad económica, las vulnerabilidades sociales o los conflictos sociorreligiosos de una comunidad local. Bajo condiciones irresolutas y desatendidas como las anteriores es que el arraigo de algunos grupos terroristas transnacionales como en Irak o Nigeria se van, paulatinamente, fortaleciendo y relegando a un segundo plano a las estructuras del poder estatal.

La comunidad internacional debe focalizarse en el establecimiento de medidas de seguridad *ad hoc*, en las cuales las comunidades locales se configuren como estructuras primarias en la implementación de políticas de desarrollo económico-sociales. Estos mecanismos deberían legitimar la autoridad y las capacidades a la hora de proporcionar un sistema de bienestar social que implique, a su vez, un efecto de relativa deslegitimación de los grupos terroristas que allí se instalan. Sin el suficiente apoyo social, estos grupos criminales encontrarían graves dificultades a la hora de expandir su ideología y sistematizar su dominio entre determinados estratos sociales y comunidades. Expresado de otro modo, solo en la medida en la que los Estados sean capaces de controlar las vulnerabilidades sociales y económicas de ciertas comunidades, los niveles de autoridad y legitimidad de los grupos terroristas se verán socavados. La ardua labor y el principal reto pasa por centrar la atención en la creación de escenarios y la conceptualización de herramientas y metodologías que combatan la exclusión social y económica favoreciendo medidas de fortalecimiento tanto institucional como social.

Referencias

- Adesoji, A. (2011). Between Maitatsine and Boko Haram: Islamic Fundamentalism and the Response of the Nigerian State. *Africa Today*, 57 (4), 98-119.
- Ayadike, N. 2013. Boko Haram and National Security Challenges in Nigeria; Causes and Solutions. *Journal of Economics and Sustainable Development*, 4 (5), 12-24.
- Banco Mundial (2015). Fragility' is not just a problem for war-torn countries. *Fragility, Conflict and Violence Forum 2015*. Recuperado el 5 de septiembre de 2016, de <http://www.worldbank.org/en/news/feature/2015/02/10/fragility-is-not-just-a-problem-for-war-torn-countries>.
- Brisard, J. C. y Martínez, D. (2014). Islamic State: The economy-based terrorist funding. *Thomson Reuters Accelus*. Recuperado el 11 de septiembre de 2016, de <http://accelus.thomsonreuters.com/sites/default/files/GRC01815.pdf>.
- Callimachi, R. (2016, mar.). To maintain supply of sex slaves, ISIS pushes birth control. *New York Times*. Recuperado el 9 de septiembre de 2016, de <http://www.nytimes.com/2016/03/13/world/middleeast/to-maintain-supply-of-sex-slaves-isis-pushes-birth-control.html>.
- Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society, The Information Age: Economy, Society and Culture* (vol. I). Cambridge: Blackwell. doi: <http://dx.doi.org/10.1080/10246029.2010.503061>
- FATF (2015). *Financing of the terrorist organization Islamic State in Iraq and the Levant (ISIL)*. Financial Action Task Force. Recuperado el 16 de septiembre de 2016, de www.fatfgafi.org/topics/methodsandtrends/documents/financing-of-terrorist-organisation-isil.html.
- Gharizi, O. (2015). *In Syrian War, Peace, Politics and Possibilities Are a Local Affair*. United States Initiative for Peace. Recuperado el 12 de septiembre de 2016, de <http://www.usip.org/publications/2015/10/14/in-syrian-war-peace-politics-and-possibilities-are-local-affair>.
- Giddens, A. (2001). *The Global Third Way Debate*. Cambridge: Polity Press.
- Human Rights Watch. (2015). *Report 2015: Nigeria*. Recuperado el 3 de septiembre de 2016, de <https://www.hrw.org/world-report/2015/country-chapters/nigeria>.

- Internal Displacement Monitoring Center. (2016). *Syria IDP Figures Analysis*. Recuperado el 7 de septiembre de 2016, de <http://www.internal-displacement.org/middle-east-and-north-africa/syria/>.
- Kaldor, M. (2012). *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- Kaldor, M. (2013). In Defence of New Wars. *Stability: International Journal of Security and Development*, 2 (1). Doi: <http://doi.org/10.5334/sta.at>
- Keister, J. y Slantchev, B. (2014). *Statebreakers to Statemakers: Strategies of Rebel Governance*. San Diego: University of California. 8 de septiembre de <http://slantchev.ucsd.edu/wp/pdf/RebelGovern-W079.pdf>.
- Lippman, W. (1922). *Public Opinion*. Nueva York: Harcourt, Brace and Company.
- Maalouf, A. (2009). *Le Dérèglement du monde. Quand nos civilisations s'épuisent*. París: Bernard Grasset.
- Maquiavelo, N. (2003) *The Prince*. London: Penguin Classics.
- Omar, M. (2016, abr.). Beyond fragile states: spotting fragile cities is key. *The Huffington Post*. Recuperado el 2 de septiembre de 2016, de http://www.huffingtonpost.com/manal-omar/beyond-fragile-states-spotting_b_9576288.html.
- Onuoha, F. (2010). The Islamist challenge: Nigeria's Boko Haram crisis explained. *African Security Review*, 19 (2), 54-67.
- Ríos, J. (2016). La narcotización del activismo guerrillero de las FARC y el ELN, 1998-2012. *Revista UNISCI*, 41, 205-233. doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_RUNI.2016.n41.52680
- Sassen, S. (2014). *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*. Cambridge: Belknap Press.
- Solomon, E. (2014, ene.). The Isis economy: Meet the new boss. *Financial Times*. Recuperado el 2 de septiembre de 2016, de www.ft.com/cms/s/0/b2c6b5ca-9427-11e4-82c7-00144feabdc0.html#axzz3QFAS46uz.
- Tonwe, D. y Eke, S. (2013). State fragility and violent uprisings in Nigeria. *African Security Review*, 22 (4), 232-243. doi: 10.1080/10246029.2013.838794
- Unicef (2016). *Report on "Beyond Chibok"*. Recuperado el 12 de septiembre de 2016, de http://www.unicef.org/infobycountry/files/Beyond_Chibok.pdf.